

TOLEDO DE ESPAÑA

Cada vez que llega a la memoria el alto nombre de Toledo —pues no siempre lo permite la vida cotidiana—, como una lámpara esencialmente orientadora, viene al encuentro del éxtasis la maravilla descriptiva de esos versos, tantas veces citados, que salieron de labios de un anciano mercader de Granada, llamado Emilio, creado por don Luis de Góngora para que, en «Las firmezas de Isabela», hablara así:

«Esa montaña que, precipitante,
há tantos siglos que se viene abajo,
ese monte murado, ese turbante
de labor africana a quien el Tajo,
su blanca toca es listada de oro,
ciñó la frente de uno y otro moro».

Porque Toledo no es simplemente el panorama extendido por el mundo con pinceladas del Greco, ni es la descripción histórica, ni es el poema. Toledo es el mismo Greco, la Historia contenida, la Poesía en su más viva expresión, en su esencia indefinible.

He aquí una realidad que nos reduce, y, como si nada supiéramos de esta ciudad, siempre nueva por su eterna ancianidad, dejamos que su encanto acaricie nuestro rostro al mismo tiempo que sacude vivamente los resortes de nuestra sensibilidad, unas veces, mirándonos en las aguas de su Pozo Amargo; otras, sujetándonos la garganta con las manos crispadas como protegiéndola de la feroz cuchilla del moro Amrú, y otras, también, levantando los ojos al cielo viendo descender a la Santísima Virgen portadora de la casulla sagrada, que había de imponer después con sus divinas manos al obispo Ildefonso.

Para sentir Toledo es preciso entregarnos a la verdad de que existe. La leyenda cueлга de todos los balcones, y en sus policromas macetas habla la castidad y el amor de la mujer castellana y la sangre del caballero vengador de su deshonra. Bradamante y Carlomagno, Ayalas y Silvas, don Rodrigo y tantísimos más que supieron inventar doncellas como Galiana, Isabel, Elvira de Castañeda, Florinda de la Cava, recorren a nuestro lado las calles toledanas en las noches de luna, en las noches de niebla, en las noches de lluvia, siempre llenas de soledad y de silencio de muchos siglos, y nos prestan su brazo rudo e hidalgo para apoyarnos si desmayamos ante las sombras de la noche, y nos ceden su colosal espada de acero toledano, genial e invencible en toda lucha noble, grácil y limpia como un rayo de luz. Así deambularíamos hasta dar con el famoso cobertizo de Santo Domingo el Real, en cuyo convento dejó mucho un apasionado rey de Castilla, Pedro el Cruel, haciendo brotar de su amor la más rica penitencia en doña Teresa de Ayala, que llegó a ser priora y está enterrada en el coro junto a los hijos del monarca, los infantes don Sancho y don Diego. Allí evocaríamos a Gustavo Adolfo Bécquer, el más grande valorizador del movimiento romántico toledano, tan vinculado a nuestra ciudad. Y es la plaza de Santo Domingo el Real, el lugar que fué predilecto y escogido para sus lucubraciones poéticas, donde se pierde el mundo de la naturaleza en todo su aspecto humano para trasladarnos al espíritu mismo.

No debe sorprendernos nada. Toledo es como una huella incandescente que ha saltado al universo con sus alas imperiales, y ha sido cantado por todos los poetas y descrito por las más autorizadas plumas del mundo.

Si una vez nos encontramos un grupo de mozas y mozos danzando, son los pueblos de la provincia que vienen a visitarnos y nos regalan con unas romerías



«Ciudad del Tajo Amado»

jareñas, rondeñas o seguidillas, y nos ofrecen su rico vestido lagarterano, serrano o manchego, que es el mejor obsequio de su encanto popular. Esto ya lo vemos en todo su color en las grandes solemnidades, y, sobre un ambiente especial, en la festividad del Corpus Christi, cuyo acontecimiento anual es un libro que no se acaba nunca y del que se han llenado tantas y tantas páginas.

No cabe duda de que el Greco interpretó de una manera magistral y única la fisonomía de Toledo e incluso de sus naturales, que en el fondo llevan el aire de sus pinceles, aunque me asusta un poco la idea de Manuel Gómez Moreno, que dice en su artículo publicado en la Guía Oficial, edición de 1928, página 29: «Permíteme aventurar un cortejo: ponte en el Museo del Greco, ante su apostolado; si eres sensible, tras de la sorpresa irán entrándosete aquellos tipos extraordinarios, de alucinados, de locos».

Nadie es capaz de contener la imaginación, que busca la verdad, y se afana, naturalmente, luchando por su causa noble, pero hay algo especial y evidente que caracteriza a Toledo y que parece escaparse del común sentir de los hombres. Lo mismo que ocurre con sus fuentes originales, que aún no hemos sido capaces de hallarlas, y que la fuerza imaginativa las remonta a 2.130 años antes de la Era Cristiana. Tiempo y tiempo se ha acumulado sobre la antigua Tolaitola dejándonos mudos, estáticos.

Y después de todos aquellos siglos, Toledo se hizo imperio. Y Carlos V trae la cultura y el arte del Renacimiento. Y nació un poeta, prototipo del noble de esta época, que se llamó Garcilaso de la Vega, de cuya